

Dice sí, hace no - dice no, hace sí

La palabra del Señor me llegó en estos términos ¿Por qué andan repitiendo este refrán en la tierra de Israel: "Los padres comieron uva verde, y los hijos sufren la dentera?" Juro por mi vida -oráculo del Señor- que ustedes nunca más dirán este refrán en Israel. Porque todas las vidas me pertenecen, tanto la del padre como la del hijo: la persona que peca, esa morirá.

Ustedes dirán: "El proceder del Señor no es correcto". Escucha, casa de Israel: ¿Acaso no es el proceder de ustedes, y no el mío, el que no es correcto? Cuando el justo se aparta de su justicia, comete el mal y muere, muere por el mal que ha cometido. Y cuando el malvado se aparta del mal que ha cometido, para practicar el derecho y la justicia, él mismo preserva su vida. El ha abierto los ojos y se ha convertido de todas las ofensas que había cometido: por eso, seguramente vivirá, y no morirá. Y sin embargo, la casa de Israel dice: "El proceder del Señor no es correcto". ¿Acaso no es el proceder de ustedes, y no el mío, el que no es correcto? Por eso, casa de Israel, yo los juzgaré a cada uno de ustedes según su conducta -oráculo del Señor-. Conviértanse y apártense de todas sus rebeldías, de manera que nada los haga caer en el pecado. Arrojen lejos de ustedes todas las rebeldías que han cometido contra mí y háganse un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué quieres morir, casa de Israel? Yo no deseo la muerte de nadie -oráculo del Señor-. Conviértanse, entonces, y vivirán (Ez. 18, 1-4 y 25-32).

*A ti, Señor, elevo mi alma,
Dios mío, yo pongo en ti mi confianza;
¡que no tenga que avergonzarme
ni se rían de mí mis enemigos!
Ninguno de los que esperan en ti
tendrá que avergonzarse:
se avergonzarán los que traicionan en vano.
Muéstrame, Señor, tus caminos,
enséñame tus senderos.
Guíame por el camino de tu fidelidad;
enséñame, porque tú eres mi Dios y mi salvador,
y yo espero en ti todo el día.
Acuérdate, Señor, de tu compasión y de tu amor,
porque son eternos.
No recuerdes los pecados ni las rebeldías de mi juventud:
Por tu bondad, Señor, acuérdate de mi según tu fidelidad.
El Señor es bondadoso y recto:
por eso muestra el camino a los extraviados (Sal. 25, 1-8).*

Si la exhortación en nombre de Cristo tiene algún valor, si algo vale el consuelo que brota del amor o la comunión en el Espíritu, o la ternura y la compasión, les ruego que hagan perfecta mi alegría, permaneciendo bien unidos. Tengan un mismo amor, un mismo corazón, un mismo pensamiento. No hagan nada por espíritu de discordia o de vanidad, y que la humildad los lleve a estimar a los otros como superiores a ustedes mismos. Que cada uno busque no solamente su propio interés, sino también el de los demás.

Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús. Él, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los seres humanos. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz. Por eso, Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame para gloria de Dios Padre: "Jesucristo es el Señor". Por eso, queridos míos, ustedes que siempre me han obedecido, trabajen por su salvación con temor y temblor, no solamente cuando estoy entre ustedes, sino mucho más ahora que estoy ausente. Porque Dios es el que produce en ustedes el querer y el hacer, conforme a su designio de amor (Flp. 2, 1-13).

En aquel tiempo Jesús entró en el Templo y, mientras enseñaba, se le acercaron los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo, para decirle: "¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te ha dado esa autoridad?". Jesús les respondió: "Yo también quiero hacerles una sola pregunta. Si me responden, les diré con qué autoridad hago estas cosas. ¿De dónde venía el bautismo de Juan? ¿Del cielo o de los hombres?". Ellos se hacían este razonamiento: "Si respondemos: 'Del cielo', él nos dirá: 'Entonces, ¿por qué no creyeron en él?'. Y si decimos: 'De los seres humanos', debemos temer a la multitud, porque todos consideran a Juan un profeta". Por eso respondieron a Jesús: "No sabemos". Él, por su parte, les respondió: "Entonces yo tampoco les diré con qué autoridad hago esto". "¿Qué les parece? Un hombre tenía dos hijos y, dirigiéndose al primero, le dijo: 'Hijo, quiero que hoy vayas a trabajar a mi viña'. El respondió: 'No quiero'. Pero después se arrepintió y fue. Dirigiéndose al segundo, le dijo lo mismo y este le respondió: 'Voy, Señor', pero no fue. ¿Cuál de los dos cumplió la voluntad de su padre?". "El primero", le respondieron. Jesús les dijo: "Les aseguro que los publicanos y las prostitutas llegan antes que ustedes al Reino de Dios. En efecto, Juan vino a ustedes por el camino de la justicia y no creyeron en él; en cambio, los publicanos y las prostitutas creyeron en él. Pero ustedes, ni siquiera al ver este ejemplo, se han arrepentido ni han creído en él (Mt. 21, 23-32).

Declamación o compromiso

Hay quien dice que sí y lo que hace es no. Y hay quien dice que no y lo que hace es sí. Evidentemente, a Dios le agradan las personas coherentes con el sí que sea sí. Pero creo que también acepta a los que dicen no y luego obran con el sí de acuerdo a su invitación y demanda.

La parábola muestra la condenación y el rechazo de quienes con un cristianismo hinchado de palabras, de solemnidades vacías, no obra con coherencia y compromiso con esas profesiones de fe.

No es suficiente tomar posición, por valiosa que sea en sí misma. Tampoco estar de acuerdo con la ortodoxia como expresión acabada de la fe. Nada es suficiente sino se lo vive con coherencia y compromiso.

A las palabras siguen las acciones de acuerdo con ellas, a los principios sigue la conducta coherente con ellos, a la enseñanza recta sigue el ejemplo personal de vida. Al credo sigue la vida. *El que obra conforme a la verdad se acerca a la luz, Para que se ponga de manifiesto que sus obras han sido hechas en Dios (Jn. 3, 21).* La expresión se brinda en la vida, en la práctica que es la realización plena del conocimiento, conocimiento que así se vuelve realidad en nuestra vida. En última instancia, ante el tribunal del juicio divino lo que importa es estar

en regla con la norma del amor. La gloria de Dios no se ensombrece si resbalamos en algún concepto que expresa la fe, pero el corazón de Dios llora cuando no obramos en amor.

El no que anula los abundantes síes

La parábola nos dice que no importa cuán perfectas sean nuestras declaraciones de fe y nuestra fidelidad en participar de la Eucaristía y la escucha de la Palabra de Dios, si somos duros con nuestro prójimo y le negamos el perdón, somos como el hijo que dijo que sí enseguida, pero luego dijo no. La negativa a amar y perdonar al prójimo anula todos los síes. Hay una fidelidad de fachada que habla de historia, de formas y expresiones, pero que muestra la rebelión interior que no perdona ni ama. Por el contrario hay una fidelidad sufrida a veces de actitudes destemplada, pero de una entrega generosa, entrega que vive el amor y no sólo la forma de la fe. Dios tiene la costumbre de mirar adónde llevan nuestras palabras y de fijarse en cómo empleamos las manos después de los aplausos.

El test de fiar

El estilo de nuestra vida en comunidad es la prueba de la autenticidad nuestro sí a Dios. El himno que San Pablo transcribe muestra a Cristo Jesús haciéndose servidor, esclavo, asumiendo la muerte a favor de todos nosotros y, antes, afirma que ha de ser nuestra inspiración en la manera de conducirnos en la vida.

La verdad es que, en demasiadas ocasiones, nuestra vida en común –hasta en la misma comunidad que adora dominicalmente– se rompe por rivalidades absurdas, afirmadas ofensas tomadas como tales por falta de amor y la incapacidad de practicar el perdón generoso, generoso como el del Señor crucificado. Pablo implora: *Les ruego que hagan perfecta mi alegría, permaneciendo bien unidos. Tengan un mismo amor, un mismo corazón, un mismo pensamiento (Flp. 2, 2)*. También para el cristiano y la cristiana hay un llamado al anonadamiento personal, un vaciamiento de sí y de su propia importancia, -como la de Cristo en el calvario- para brindar, así, amor a los demás.

El camino está por delante, nuestra es la decisión

El profeta Ezequiel nos muestra que tenemos la oportunidad de decir sí a Dios desde el corazón, expresar ese sí en nuestra vida diaria, viviendo el amor y el perdón. Claro, Ezequiel también es realista, el justo ha de vivir un continuo sí a Dios, ese sí es probado por el amor y el perdón. El injusto es llamado continuamente por Dios a la conversión al amor en Cristo y los cielos se alegran cuando un pecador se convierte y vive ese amor en Cristo.